



enemigo más con quien combatir dentro de la Francia.

Triste era entonces la situación política y militar de este coloso de ambición. Invadido por ejércitos poderosos en diferentes puntos su territorio, rodeado de amigos que, ó le vuelven la espalda en la adversidad ó le desaprueban sus pensamientos, contrariado por las corporaciones principales del Estado, él solo sereno en medio de aquella deshecha borrasca, disuelve el cuerpo legislativo, y, preparados los recursos necesarios para abrir una nueva campaña, sale de París el 25 de Enero, dejando confiada la regencia á su esposa la emperatriz y á su hermano José.

Porque no se dijese que rechazaba la paz, conviene en concurrir al Congreso de Chatillon del Sena, á que asistieron representantes de Rusia, Prusia, Austria, Inglaterra y Francia (5 de Febrero); pero, como pidiesen los aliados que la monarquía francesa quedase reducida á los límites que tenía antes de la revolución, halló pretexto, así que hubo alcanzado algunas ventajas sobre sus ejércitos, para enviar un contra-proyecto exigiendo los límites del Rin y varias indemnizaciones exorbitantes, que dieron lugar á la disolución del Congreso el 10 de Marzo.

A prevención los aliados habían firmado el día 1.º en Chaumont la obligación de no tratar separadamente con el enemigo y sostener cada uno en campaña un ejército de ciento cincuenta mil hombres, excepto la Inglaterra, que en cambio suministraría á los demás cinco millones de libras esterlinas.

Wellington, después de la victoria de Orthez, siguió persiguiendo á Soult sin descanso hasta Tolosa, donde éste creyó poder intentar de nuevo la resistencia aprovechando las ventajas que ofrece el terreno, cruzado de ríos y canales. El 27 llegaron á darle vista los aliados; pero hasta las siete de la mañana del 10 de Abril, no pudieron ejecutar la embestida por la dificultad de cruzar el Garona y cercar la plaza. Sangriento fué en todas partes el combate, como si presintiesen los franceses que aquella sería la última sangre que derramarían por el emperador; pero por más que lidiaron heroica-

mente, y que las fortificaciones á cuyo abrigo combatían dieron á su fuerza de treinta mil hombres una grande superioridad, á las cuatro de la tarde los aliados campaban sobre las colinas de Montrave ó Calvinet, que habían defendido los enemigos, la ciudad estaba sojuzgada, y Soult ordenaba á Clausel que no disputase más lo perdido y se limitase á defender el canal. Eso no obstante, y de que en la noche siguiente desamparó también aquel sitio, camino de Carcasona, sin recoger heridos, artillería y los pertrechos que tenía en la ciudad, cuentan los franceses la batalla de Tolosa entre sus victorias, sin haber para ello otra razón que la de ser algo menor su pérdida. Los aliados tuvieron más de cuatro mil setecientos hombres de baja, de los cuales cerca de dos mil fueron españoles, que, á costa de preciosa sangre, ganaron uno de los laureles más honrosos de aquella sangrienta guerra.

El mismo día 12 entraron los aliados en Tolosa en medio de las aclamaciones de su vecindario, adicto á los Borbones, y supieron que los del Norte habían ocupado á París el 31 de Marzo con otras mudanzas que ponían término á la guerra. Al día siguiente el Senado había establecido un gobierno provisional bajo la presidencia del príncipe de Talleyrand y destronado á Napoleón, quien por su parte se creyó precisado á abdicar, primero en su hijo, luego á renunciar absolutamente la corona por toda su familia y estirpe, y por fin á aceptar la soberanía de la isla de Elba, en el Mediterráneo, que como limosna le dieron, mientras Luis XVII era proclamado su sucesor.

Cuando estas noticias llegaron á España, apenas quedaba ya algún resto de la dominación napoleónica: Jaca se había rendido á los soldados de Mina el 17 de Febrero, y en Cataluña iba Suchet perdiendo terreno por momentos.

En Enero tuvo que abandonar la línea del Llobregat y retirarse á Gerona, por haberle sacado Napoleón diez mil hombres más y casi toda la artillería. Los nueve mil que Habert tenía en la parte baja de Cataluña, también se vieron pronto precisados á replegarse á Barcelona, hostigados por las fuerzas aliadas, que avanzaron á bloquear la plaza (Febrero).

## CAPITULO XXXVIII

**Wellington cerca á Bayona: batalla de Orthez: Napoleon sale nuevamente de París contra los aliados: congreso de Chatillon: convenio de los aliados en Chaumont: batalla de Tolosa.—Entrada de los aliados del Norte en París y caída de Napoleon.—Se rinde Jaca: pérdida de Suchet en Cataluña: armisticio de Tolosa, que pone término á la guerra de la Independencia: hambre que se padeció, y sus estragos en Madrid: reflexion**

Wellington, retenido todo el mes de Enero en las orillas del Adour y el Nive por las nevadas, apenas las vió desaparecer, se dispuso á embestir el campo atrincherado de Bayona y llevar el fuego de la guerra al seno de la Francia. Reforzado por el ejército de Freire, emprendió el movimiento en la noche del 22 al 23 de Febrero, y aunque á costa de grandes esfuerzos, quedó cercada aquella plaza con su campo al día siguiente, y en pocas horas concluido un largo puente de barcos sobre el Adour para el paso de la artillería. En estas operaciones hicieron uso los ingleses de los cohetes á la congreve de invención moderna, especie de furias bramadoras que siembran el terror y la muerte por donde pasan.

Mientras esto lograba él á la izquierda, la derecha avanzaba contra Soult, que había tomado posiciones en Orthez con los cuarenta mil hombres que aún tenía. Trabóse la batalla en la mañana del 27, halagüena al comenzar para los franceses en su derecha, pero contraria en el centro, cuyo repliegue produjo la retirada general. Lenta ésta al principio y en

cuadros sostenidos admirablemente, se trocó luego en fuga general, perdiendo doce cañones, dos mil prisioneros y hasta doce mil hombres con la desercion, por ser mucha parte gente nueva, no acostumbrada á las vicisitudes de la precaria fortuna militar. Además, perdieron los franceses al general Bechaud y tuvieron herido á Foy. A los aliados costó la victoria dos mil trescientos hombres, herido el general Alava y contuso Wellington.

Soult, aprovechando el tiempo que sobrevino lluvioso poniendo intransitables los caminos, torció en su retirada á la derecha, con ánimo de recibir refuerzos de Suchet. Pero con esto se dejó en descubierto á Burdeos: y los partidarios de la dinastía de Borbon, numerosos en aquel departamento, sabedores de que el duque de Angulema, sobrino del que ya llamaban Luis XVIII, estaba entre los aliados, lograron que Wellington encaminase á aquella ciudad á Beresford con tres divisiones para proteger su insurreccion. Al grito de ¡viva el rey! le abrieron en efecto las puertas (12 de marzo), teniendo desde aquel momento Napoleón un terrible



Lérida, Mequinenza y Monzon fueron evacuadas en seguida por artificios permitidos en la guerra, si bien no muy honrosos para el que los promovió, el oficial español D. Juan Van-Halen con el fin de granjearse el perdón de la patria, á la cual abandonara en dias aciagos. Por lo demas el servicio fué de importancia, pues quedaron libres las comunicaciones del Ebro y sus afluentes, y los seis mil hombres empleados en el bloqueo de las tres plazas pudieron unirse al cuerpo de operaciones.

Con esto, y como pidiesen á Suchet de Francia diez mil hombres más, ya no le quedó otro recurso que recoger las reliquias de su ejército y ponerse bajo el amparo del cañon de Figueras con unos doce mil hombres. Quiso aumentar su número llamando á sí los de Harbert y tres mil más que Robert tenía en Tortosa; mas se lo impidieron vigilantes las divisiones que los bloqueaban, y vino á serle preciso salir de España en los primeros dias de Abril abandonando las guarniciones que tenía en Figueras, Hostalrich, Barcelona, Tortosa, Benasque, Peñíscola y Murviedro.

Pasaron pronto á nuestro poder, con las de Santoña en el Norte, en virtud del armisticio que ajustaron en Tortosa de Francia el 18 y 19 de Abril Soult y Suchet por una parte, aunque separadamente por la rivalidad en que vivian, y Wellington por otra, á consecuencia de los sucesos de Paris.

Así terminó por fin esta guerra, tan fecunda en glorias como en ruinas y estrago para España, y vergonzosa y funesta para la Francia. Perdió ésta en nuestro suelo, segun cálculos probables, durante los seis años, sobre unos trescientos mil hombres. Quizá no fué menor la de los españoles que perecieron con las armas en la mano, y á consecuencia de las tropelías el abandono de los hospitales, las enfermedades, el hambre y todos los males que forman el cortejo ordinario de las guerras. ¡De modo que la ambición de un solo hombre en una sola nacion y en solo lustro costó á la humanidad un millon de víctimas!!!

Añadiremos dos palabras sobre la administracion francesa en las provincias de Andalucía. Pagaban una contribucion en especie para

atender al sustento del ejército y otra en dinero, denominada de guerra; en extremo gravosa ésta, y aquella sujeta á los abusos y arbitrariedades de los jefes subalternos. Sólo la provincia de Jaen tuvo que aprontar, segun datos oficiales, por ambos conceptos en los años 1810 y 11 sesenta millones de reales, sin contar otras exacciones particulares no despreciables de las que no daban recibos los comisarios de guerra ni los comandantes locales. Antes apenas pagaba más que la octava parte cada año. Juntóse á esto una cosecha miserable, que redujo aquel delicioso país al estado más lastimoso.—En Aragon, sin tomar en cuenta lo que pagó al principio de la sumision, ni el valor de las raciones, ni exacciones particulares, se calcula que lo que entró en las arcas de los recibidores franceses hasta la evacuacion y lo que percibieron los españoles triplicó ó cuadruplicó la cantidad con que antes contribuía, cuando los campos y las industrias eran cultivados.—Valencia, sólo en el primer año de la ocupacion, el de 1812, pagó una contribucion extraordinaria de doscientos millones, cuya mitad se cobró en especies, licores, granos, paño, etc., no pudiendo ser recaudada tambien en dinero. A pesar de eso fué fijado el impuesto de los años sucesivos en setenta millones.—De las provincias Vascongadas y Navarra se haria imposible determinar número aproximado siendo por su situacion más trilladas por el enemigo y estando por esto más expuestas á las arbitrariedades de superiores y subalternos. De sólo Vizcaya se sabe que aprontó en las arcas públicas para el intruso cerca de treinta y nueve millones de reales, y que en muchos pueblos de las demas llegaron las derramas á un doble del producto de la renta.—Pero de todas las provincias de España fué quizá la más azotada Cataluña, por el encarnizamiento con que se vieron combatidos los franceses. Si lo que realizó para mantenimiento de las tropas nacionales asciende á cerca de doscientos ochenta y seis millones en los cinco años, del 9 al 13 ¿á cuánto se elevará el sacrificio calculando las recaudaciones del enemigo, las exacciones indebidas de una y otra parte, y los daños causados á su industria por los estragos de la guerra y la paralización?



Así la escasez y el hambre, compañeras ordinarias de la guerra, se presentaron al fin á compartir los horrores de lucha tan prolongada. Las provincias de las Castillas, Aragon y Andalucía padecieron más que otras las penurias de la miseria, y Madrid en particular fué teatro escogido de sus escenas más horribles. Subieron los precios de los alimentos á tal punto que, en su mayor parte, solamente á los ricos era dado disfrutarlos. Pude graduarse por el valor que tomó el trigo y consiguientemente el pan: el primero subió hasta quinientos cuarenta reales la fanega, y el segundo hasta doce y trece reales pan de dos libras. Así, no sólo al pueblo, sino familias antes de regular fortuna se les veía ahora mendigando famélicas el sustento por las calles ó rebuscando en las plazuelas los desperdicios de la venta. La consecuencia forzosa fué aumentarse la mortandad hasta el punto de sucumbir en ménos de un año, desde Setiembre de 1811 hasta Julio inmediato, veinte mil personas de una poblacion que habia quedado tan reducida por efecto de la guerra. Y á pesar de tanta desolacion, tal era el patriotismo de la época que el español hambriento rehusaba muchas veces el agasajo que movido á compasion, le alargaba el francés. Un cuadro hay en el Museo de Pinturas que llama particularmente la atencion, si no por su mérito artístico, por presentar en escena uno de estos episodios de aquellos dias infaustos.

Tuvieron parte en las causas del hambre, además de las malas cosechas anteriores y de la guerra, que produjo el abandono del cultivo, las providencias que tomaron los extrajeros para que no les faltase el sustento. Hicieron acopios, mayores cuanto el hambre apremiaba más, hasta el caso de que en Junio ordenaron á las seis prefecturas de su dominio, Madrid, Toledo, Ciudad Real, Cuenca, Guadalajara y Segovia, que además de las contribuciones ordinarias y extraordinarias, aprontasen las enormes cantidades de quinientas setenta mil fanegas de trigo y doscientas sesenta y cinco mil de cebada, cuyo valor, aun reduciendo los precios á la mitad de los del mercado, subia, con los setenta y tres millones de reales que se exigie-

ron al mismo tiempo en dinero, á doscientos cincuenta.

En el estado en que estas provincias se encontraban hubiéralas convertido en silencioso y lúgubre desierto exaccion tan cuantiosa si á dicha no hubiesen venido los acontecimientos á anularla. Pero la evacuacion de la córte por José y la ocupacion por los aliados no remediaron los males que se sentian cuanto ansiaba el ánimo atribulado de los moradores, mal dispuestos á considerar que no pueden conjurarse en un dia dolencias de tal naturaleza. Es verdad que tampoco se adoptaron las medidas más eficaces, si acaso algunas de las que se tomaron no vinieron á agravar el mal cuya curacion se buscaba.

Las disposiciones sobre la moneda deben contarse en este número. Al suceder la invasion, las cuestiones que se promovian sobre la admision de los francos, napoleones y demas piezas del numerario francés, habian dado lugar al nombramiento de una comision mixta de ensayadores franceses y españoles. Pero la tarifa que formaron salió parcial, como hecha bajo el influjo del dominio extranjero, resultando para los españoles en las monedas de plata una pérdida de nueve y once por ciento, y en las de oro de uno y dos. Daños de tanta consideracion motivaron dos providencias del gobierno nacional poco meditadas é inspiradas por el odio que se profesaba á los invasores: por la primera, de 4 de Abril de 1811, se prohibia el curso de las piezas acuñadas por José en España con su busto, las cuales debian ser llevadas á la casa de moneda para su cambio por su justo valor: por la segunda, de 16 de Julio del año siguiente, se extendia la prohibicion á la moneda francesa, que tambien debería ser reducida en las tesorerías segun la tarifa que se acompañaba. Aquella fué cuando ménos ociosa, puesto que los pesos fuertes de José se acuñaban con la ley y peso de los de América, que, como se sabe, llavan ventaja á los europeos. De ésta resultaron perjuicios, porque, siendo la tarifa más aproximada á la verdad que la formada por la comision mixta, los valores que percibian los tenedores eran menores. Como el daño reflua inmediatamente sobre las clases que viven de



tráfico, hubo una alteracion repentina en los precios de los artículos de consumo, y se siguieron de aquí clamores generales, que exigieron la anulacion de lo dispuesto. No se acordó hasta Setiembre de 1813, cuando ya el mal habia hecho sus efectos, y áun entonces se le dió más vida puesto que se aprobó y rehabilitó la tarifa de la comision mixta, que dañaba los intereses nacionales. Oportunamente se hubiera podido prevenir el mal en gran parte: entonces era inútil é injusto cuanto no fuese cargar el erario público con los quebrantos del cambio.

Y á pesar de todo, como sucesos de tanta magnitud no pasan en vano para la humanidad, la guerra de la Independencia ofrece á la consideracion del filósofo más de un aspecto consolador. La Europa entera, avasallada por el emperador plebeyo, recibió en su seno los gérmenes de una regeneracion social, y cuando, encadenada por la admiracion tanto como por la fuerza de su conquistador, salió de su letargo al estruendo de los cañonazos de Bailén y concurrió á destruir su obra, ejerció sin saberlo un acto de justicia providencial: castigó al hijo in-

grato de la revolucion, y niveló su tiranía con las demas. No importa que en medio de ruinas haya aparecido momentáneamente la reaccion, si hoy no es ya posible que mientras anime á Europa el espíritu de nuestro siglo vuelvan á sufrir las naciones el yugo de otra ambicion imperial.

España llevó esta vez tambien la iniciativa en los sacrificios por la causa europea, pero no derramó sin fruto alguno su sangre. El estremecimiento reanimó todo su sér cuando más cercano estaba á una disolucion; los demas pueblos, subyugados por la magnanimidad de su resolucion, se vieron obligados á respetar una nacion que creian envilecida y agonizante; cortó la guerra preocupaciones y categorías que impedían el vuelo de su inteligencia y su prosperidad, y se fundaron entonces los cimientos de una reconstruccion social, que un aluvion ha podido soterrar pasajeramente, pero no arrastrar ni destruir. La guerra de la Independencia fué para España lo que el fuego para el metal lleno de herrumbre; despues de ella, estaba como rejuvenecida y apta para cumplir nuevos destinos.

## CAPÍTULO XXXIX

**Napoleon suelta á Fernando: es recibido en el Fluvia por Copons: contestacion vaga que da á la carta de la regencia: monumentos que decretan las Córtes á la memoria de la libertad del rey: va á Zaragoza: juntas de los cortesanos para si el rey debe jurar ó no la constitucion. se acuerda su abolicion en Valencia: representacion de los persas: inadvertencia de las Córtes: golpe de Estado contra ellas, y célebre manifiesto del 4 de Mayo en Valencia: entra Fernando en Madrid: exposicion de Wellington.**

Para asegurar su espalda pacificando á España, Napoleon, á pesar de la respuesta dada por la regencia, que le llevó el duque de San Carlos, habia enviado á los cautivos de Valencia los pasaportes para poder restituirse á España (7 de Marzo). El general Zayas partió inmediatamente para anunciar en Madrid la libertad y el regreso del ansiado Fernando, que celebraron todos con demostraciones del mayor regocijo, pues hasta los asustados reformadores, viendo que no rehusaba, como hasta entonces, en la carta de que fué aquél portador, el hablar de las Córtes, concibieron esperanzas de que respetaria su obra. El dia 13 abandonó Fernando el destierro que habia ocupado cinco años y medio, y se dirigió, acompañado de los infantes D. Carlos y D. Antonio y otros desterrados, á Perpiñan, camino trazado por el emperador para que no se relacionase con los ingleses. Tambien habia ordenado, segun le manifestó Suchet en este punto, que debia permanecer en rehenes en Barcelona hasta que se restituyesen á Francia las guarniciones bloqueadas en Cataluña y Valencia. Pero, conociendo el

mariscal que para motivo tan baladí era paso demasiado grave, se contentó con que quedase en Perpiñan, como en prendas, el infante don Carlos, á quien luego dejó libre tambien para ir á incorporarse á su hermano.

Este pisó sus dominios el 22, y en las márgenes del Fluvia, línea divisoria entonces del ejército de Copons y los franceses, recibió de ambos campos los primeros homenajes de la dignidad real. Las gentes que á bandadas acudieron allí de los pueblos vecinos, dieron á este espectáculo una animacion extraordinaria. Miles de aclamaciones salian de todos los labios, no acertando casi á creer que estuviese entre ellos aquel rey á quien, por haberlo esperado tanto, llamaban el *Deseado*. Sucedió lo mismo en todas partes, no habiendo todavía diferencia entre liberales y absolutistas en la masa del pueblo, en punto á la adhesion al rey.

Copons, apenas se presentó éste en su campamento, le entregó un pliego de la regencia sobre el estado de la nacion, reformas, etc., al cual, llegando á Gerona, contestó «que se enteraria de todo, asegurando que nada ocuparia



tanto su corazón como darle pruebas de su satisfacción y su anhelo por hacer cuanto pudiese conducir al bien de sus vasallos, que le habían acreditado una fidelidad tan constante como generosa.»

La vaguedad de estas frases acabó de probar á los reformadores de las Cortes el estudio que Fernando había puesto constantemente en no declarar sus intenciones; pero no dejaron por eso de decretar la creación de un monumento en la margen derecha del Fluviá para eternizar la memoria del día en que se habían recobrado el pueblo y su rey y una estatua ecuestre de bronce, fundida con los cañones cogidos al enemigo, que sería colocada en la plaza Mayor de Madrid.

De Gerona, después de haber recorrido las gloriosas ruinas de que estaba aún sembrada, la torre del Carmen, muro de los invencibles, etc., prodigando con muestras de reconocimiento sus alabanzas á todos los españoles, salió el rey en la dirección que la regencia le había señalado por Valencia; pero, al llegar á Reus, torció á Zaragoza instado por la diputación provincial de Aragón para que aquel pueblo heroico pudiese conocer al monarca por quien había hecho tantos sacrificios.

De allí se encaminó á Valencia, adonde llegó el 16 de Abril. En este tránsito los que de su comitiva deseaban inclinar el ánimo de Fernando á la destrucción del régimen constitucional celebraron varias juntas para tratar de si el rey debería negarse desde luego á jurar la constitución. Estaban por esto el duque de San Carlos, exacerbado su aborrecimiento por los insultos de que había sido objeto en Madrid, el revoltoso conde del Montijo, y el iracundo Gomez Labrador: por la afirmativa estaban el general Copons, Palafox, el duque de Frias y, aunque friamente, el de Osuna: el del Infantado no se negaba á que jurase con restricciones. Pero, retirado Copons desde Teruel á su distrito y aumentando en Valencia el número de los anti-constitucionales con el infante D. Carlos, Villamil, Lardizabal, y sobre todo Elío, se animaron hasta el punto de que, cuando éste se presentó en la tarde del día siguiente al rey con la oficialidad de su ejército á felicitarle, se

volvió á ella y le preguntó: «¿Jurán ustedes sostener al rey en la plenitud de sus derechos? —Sí juramos,» respondieron todos. Desde entonces la reacción quedó adoptada por el rey y los cortesanos, y Elío se hizo su brazo inexorable. Nadie hizo caso ya ni aun por fórmula, de la comisión enviada por la regencia, que componían su presidente el cardenal D. Luis de Borbon, el ministro Luyando y otros.

Agitábase al mismo tiempo la reacción en el seno de las Cortes, para que los mismos diputados pidiesen la abolición del sistema constitucional.

Algunos, en efecto, dirigidos por Mozo Rosales, hicieron con este objeto una larga representación al rey (12 de Abril) que se hizo famosa bajo el nombre de representación «de los persas,» porque principiaba con este alarde ridículo é intempestivo de erudición: «Era costumbre entre los antiguos persas...» Es de advertir que, aunque en ella se hacía la apología del absolutismo, se terminaba pidiendo «Cortes con la solemnidad y la forma que se celebraron las antiguas.»

Con esta representación y con la caída de Napoleón, antes de la cual temieron varios absolutistas provocar divisiones peligrosas, nada se oponía ya á que se realizaran los impacientes deseos de Elío de ir á Madrid á disolver las Cortes. El 5 de Mayo salió de Valencia acompañando al rey y su comitiva con una división, cuyos soldados fueron anunciando la reacción por los pueblos del tránsito arrancando con las bayonetas las lápidas que veían con el letrero de «plaza de la Constitución,» puestas en virtud de un decreto de las Cortes de Cádiz á propuesta de Capmany.

A pesar de todo, las Cortes, no acertando á creer que Fernando quisiese destruir enteramente el edificio constitucional y ménos autorizar una persecución, no sólo no tomaron precaución alguna con tales indicios, ni con ver que el rey no les contestaba á dos cartas y que sin orden del gobierno las tropas de Wellingham se acercaban á la capital, sino que se prepararon á recibirle con la mayor solemnidad, para lo cual se trasladaron al palacio construido en el convento de agustinos descalzos de



Doña María de Aragón, nombre de su fundadora, dama de Doña Ana de Austria.

Cuando tuvieron noticia de su aproximación enviaron una comisión á recibirla, bien ajenas de sospechar que pudiera ser despedida sin permitirle siquiera que se presentase, y mucho ménos que antes de llegar á la corte un golpe de Estado pondría fin á su existencia, en la noche del 11 al 12, mientras el general Eguía, nombrado de antemano expresa y calladamente capitán general de Castilla la Nueva, intimaba al presidente, el diputado americano Perez, la orden del rey de quedar disueltas y abolidas: piquetes de tropa, guiados por unos jueces improvisados de policía, algunos de ellos diputados, prendían y llevaban á la cárcel á los regentes Ciscar y Agar, los ministros Alvarez Guerra y García Herreros, y los diputados más famosos de los reformadores, Muñoz Torrero, Argüelles, Martínez de la Rosa, Oliveros, Cepero, Calatrava, el ilustre Quintana, el duque de Noblejas y otros.

El conde de Toreno, Caneja y algunos más pudieron salvarse huyendo al extranjero; pero en su lugar vinieron otros de las provincias, como Nicasio Gallego, á llenar las cárceles y servir de cebo á una asonada popular preparada contra ellos, que al fin se contentó con derribar la lápida de la plaza y arrastrar los objetos simbólicos que adornaban el salón de las Cortes.

A la mañana siguiente apareció fijado en las calles un manifiesto con la fecha del día 4 en Valencia. Era una reseña apasionada de los trabajos de las Cortes calificándolos de abusivos, atentatorios á la autoridad real y perjudiciales para la nación. En consecuencia declaraba la Constitución y todos los decretos de las Cortes «nulos y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado tales actos y se quitasen de en medio del tiempo, y sin obligación en mis pueblos y súbditos de cualquiera clase y condición á cumplirlos ni guardarlos.» Al que intentase

sostenerlos se le declaraba reo de lesa majestad, y como tal se le imponía pena de la vida. Eso no obstante, protestaba «aborrecer y detestar el despotismo, que ni las luces y altura de Europa sufren ya» y ocuparse desde luego en la convocación de otras Cortes legítimas para «asegurar la libertad y seguridad individual y real» y hasta la de imprenta dentro de justos límites. «Por manera que estas bases pueden servir de seguro anuncio de mis reales intenciones en el gobierno de que me voy á encargar, y harán conocer á todos, no un déspota ni un tirano, sino un rey y un padre de sus vasallos.» Veremos luego cómo cumplió Fernando estas promesas.

Culparon algunos la inadvertencia de las Cortes por no haber conocido adonde tendían los indicios reaccionarios y por no tomar providencias enérgicas ó puéstose en salvo. Hubo ciertamente exceso de buena fé y confianza; pero no es dudoso que toda tentativa de resistencia hubiese sido ociosa si no funesta. Los ejércitos, ó eran enemigos de las reformas, ó de adhesión fría; y los pueblos, no habiendo sentido apenas beneficio alguno del nuevo sistema, y seducidos por el nombre, entonces mágico, de Fernando, hubieran á su voz arrollado cuantos obstáculos se les opusiesen al libre y omnimodo ejercicio de la soberanía. Cuando entró en Madrid, al día siguiente del golpe de Estado, una multitud entusiasmada con su presencia, le acompañó en toda la carrera hasta palacio, alentándole con mil vítores y alabanzas á seguir en el sendero fatal de odios y persecuciones que acababa de emprender.

Creyése con la llegada de Wellington á Madrid á los pocos días, el 24, que cesarían éstas; pero aunque, valiéndose de los títulos que le daban sus servicios y carácter, hizo una exposición con este objeto, llena de imparciales y prudentes consejos, la reacción los desoyó, y él se restituyó á su patria lamentando la recompensa que iban á tener los sacrificios de la magnánima nación española.